

*La creación audiovisual en la infancia.* De espectadores a productores. Gabriela Augustowsky. Editorial PAIDOS. Colección Voces de la educación. (2017)

Leo a Gabriela Augustowsky hace muchos libros. Me interesan sus ideas siempre distintas, su modo amoroso de mirar las escuelas, su erudición, su sensibilidad y su osadía. Uso sus libros en los encuentros de formación y capacitación docente porque apuesto al acto de volverlos disponibles y reivindico el gesto de intermediación entre la producción académica y los estudiantes y docentes. Cada vez que sus producciones se integran a un itinerario de formación, la mirada sobre la enseñanza se jerarquiza y se embellece inexorablemente.

Ahora tengo en mis manos *La creación audiovisual en la infancia. De espectadores a productores* y es como un *deja vu*. ¿No me había pasado ya esto hace poco con *El arte en la enseñanza*, de la misma colección?

Como todos los demás libros de la autora, este nuevo libro tiene como protagonistas indiscutibles a los niños y niñas, a los y las docentes y la enseñanza. Es por eso que me siento a gusto y perteneciente a una comunidad de lectores y colegas cuando lo recorro, a pesar de que la creación artística, el cine, los festivales no son mi tema de incumbencia. Desde ese lugar, quisiera señalar algunos de los aportes y puntos de debate que propone.

*La creación audiovisual en la infancia* nos propone reconocer los antecedentes del cine y sus contextos desde una perspectiva más amplia que la que se suele leer. No habla solo de las cuestiones técnicas, aunque también adentra al lector en el laberinto de los medios, las cuestiones técnicas y la digitalidad.

Desde un principio, el libro nos sirve para ir construyendo un glosario: nos da claves para identificar los pasos que se siguen para ser espectador, productor, animador. Brinda explicaciones acerca de qué es lo visible, el movimiento, la animación, el cuadro, el fotograma, el campo; a qué se refieren los términos como montaje, vanguardia, plano general o corto, diégesis o elipsis.

El libro encierra una paradoja aparente: por una parte pone orden en la profusión de experiencias relativas a la creación audiovisual, pero por otro propone el caos, invita a lanzarse a la experimentación anárquica y apostar a abandonar algunos de los *corsets* que impone en ocasiones la escuela.

El esfuerzo por poner en orden la profusión de proyectos y formas de pensar la producción y consumo de la creación audiovisual no solo organiza el análisis, sino que hace visible para el lector algunas obviedades, que deben pronunciarse o escribirse. Cuando leemos que “la actividad de mirar cine/ir al cine es una práctica compartida, un ritual cultural que implica pautas como mirar sin interrupciones, guardar silencio, hacer eso exclusivamente, sin superponer tareas u otras actividades” nos da que pensar. ¿Es esto obvio de toda obviedad? Tal vez no lo sea tanto. Detenerse frente a las condiciones que deben generarse para el hacer concreto nos permite darle

nítidez a una práctica. Mirar y hacer cine implica una serie de decisiones. Sentarse junto a otros, elegir, leer, escribir, consensuar, viajar, compartir, debatir, intentar, organizar, repetir, descartar, acortar, escuchar, producir, difundir. Nunca me había puesto a pensar en la enorme cantidad de elementos, recursos, personas, funciones, espacios y contextos que se deben tener en cuenta a la hora de analizar el fenómeno de consumo, de producción, de circulación de la creación audiovisual en general. Mucho más aun cuando se trata de la creación audiovisual en contextos escolares o de instituciones vinculadas con la infancia con intencionalidad didáctica.

A medida que se avanza en la lectura de *La creación*, surge la pregunta por las incumbencias, los sentidos y los responsables de la creación audiovisual infantil. La trayectoria que traza la autora interpela a las disciplinas. ¿Para quién está escrito este libro? ¿A quién le cabe el sayo? ¿Quién toma la posta de la creación audiovisual? ¿Es el maestro de artes visuales? ¿Es el maestro? ¿Le corresponde a los autodenominados talleristas? Por momentos pareciera que se trata de una tarea tan específica que puede desarrollarse solo con la presencia de especialistas en el manejo de los artefactos. Por momentos, la fluidez y el placer de crear, de producir ficciones y objetivarlas nos hace pensar en una comunión de voluntades, en la necesaria presencia e involucramiento de equipos, de una comunidad. Y frente a la obviedad de que es necesario enseñar a los niños y niñas para producir una animación, la autora identifica cierto recelo en quienes enseñan a hacer cine a los niños para pronunciar la palabra enseñanza. ¿Cómo es posible esta prevención cuando se está enseñando a cada paso?

Un segmento importante del libro está dedicado al análisis de las perspectivas teóricas sobre la creación audiovisual. Esta es la parte del libro en la que la autora logra hacer que el lector se sobreponga a la noción de rumor teórico, que rescata y despliega. En este sentido, Gabriela Augustowsky se mete en la selva y desmaleza, camina, mira, releva, analiza, organiza y le pone orden otra vez a un aparente caos. Y para esto nos trae lecturas que rompen con lo previsible, que arriman modos de interpretar la creación audiovisual con los aportes de diversos campos. En este sentido, no hay sustantivo, adjetivo o adverbio que no haya sido objeto de reflexión por parte de la autora. Enseñanza *para* los medios no es lo mismo que enseñanza *a través* de los medios. No son lo mismo tampoco las experiencias de producción *en* la inclusión y *para* la inclusión. Por otra parte, inclusión y exclusión no son precisamente palabras antónimas en este libro.

A partir de la lectura de *La creación...* se pueden identificar una serie de afirmaciones contundentes- por suerte- y un modo claro de señalar las prácticas que deben revisarse. En la escuela y en los demás espacios formativos hay que acercarse lo bueno. No se debe correr el riesgo de confundir o desperdiciar el tiempo. “La memoria inconsciente se ríe de los juicios de valor” dice Gabriela Augustowsky cuando cuestiona las prácticas de pasar películas mal concebidas o poco interesantes con el fin de someterlas a la crítica. “Lo mejor que puede hacer la escuela hoy es tomar las películas como obras de arte y de cultura; dar puntos de referencia y aproximarse al cine con confianza, sin un recelo previo”. Es verdad. Este es también un acto de generosidad, si se me permite incluir este término en el ámbito de la escuela sin que esto implique condescendencia. Yo agregaría a las palabras de la autora que ya basta de teorías conspirativas, basta de ofrecer la duda como vía de entrada para poner en contacto a los chicos y chicas con las distintas formas de producción cultural. En otras palabras, y sin eufemismos, basta de perder y hacerles perder el tiempo a los chicos y chicas con merodeos. Si la escuela puede y debe ser un lugar para la

formación del gusto, donde acercar obras de calidad, ¿para qué presentar materiales, películas, textos de dudosa procedencia o calidad? ¿Para qué correr el riesgo de malas interpretaciones? Estas son, como siempre, las decisiones éticas y políticas que debemos asumir a la hora de enseñar.

Cuando el texto se mete de lleno en la cuestión de la creación, reivindica el ACTO en sentido amplio. El hacer, el momento concreto de elegir, de mostrar, de mirar, de proponer, de organizar, de iniciar un proyecto, de producir y de consensuar. Aquí es cuando comenzamos a ver a los niños y los adultos en acción, cuando escuchamos sus voces de los niños, cuando los vemos recorrer pasillos de instituciones, los encontramos conociendo personas, merendando, eligiendo música, siendo espectadores en festivales, contando sus terrores, disfrutando, trabajando, comunicando las decisiones consensuadas. Es en esta parte donde la autora presenta sus reflexiones acerca de la creatividad, la creación, la acción colectiva, la importancia de generar condiciones de trabajo. Es aquí donde se evidencian los requisitos para que la creación audiovisual en la infancia ocurra, cuando se evidencian las ventajas de que los niños y niñas sean escuchados, de poner elementos tanto técnicos como estéticos a disposición de esta creación.

Hay una cuestión insoslayable en el que se apoya y afirma en todo momento esta obra: las condiciones para que la creación audiovisual ocurra no se debe apoyar en voluntarismos. No se hace cine solo con ganas y con buenas ideas: debe haber un Estado, instituciones que asuman esa responsabilidad, que aporten los recursos materiales y los pongan a disposición. Pero también debe haber confianza en la producción infantil. Debe haber una decisión de aceptar que cuando se habla de la creación audiovisual no existan las mismas certezas que puede haber en otras prácticas escolares. Tal vez por esa falta de certezas, haya quienes preguntan acerca del impacto de estas prácticas, quienes le imponen y exigen a la creación audiovisual mucho más de lo que se le pediría a otras prácticas: ¿Se volverán cineastas después de esta animación? ¿Le cambiará la vida a los que participan en esta experiencia? Yo me pregunto si debería hacerlo. ¿Qué tiene de diferente a leer buena literatura o escribir ficción? ¿Es imprescindible que a cada paso, a cada experiencia ofrecida en la escuela se le atribuya o se le pida tanto? ¿Tendrá que ver esto con la inversión de recursos necesarios o hay algo aquí de lo que a la inclusión y exclusión se refiere?

*La creación audiovisual* huele a pochoclo casero. Tiene luz, tiene oscurecimientos, tiene butacas, tiene telones, tiene aroma a plastilina. Nos lleva de los pasillos de la universidad, a la intimidad de una ludoteca, al encuentro en la sala de un cine, a un laboratorio, a las aulas de una escuela.

Sin dudas, la mejor parte del libro es la que permite que el lector se asome a las alternativas concretas de producción, a los diálogos, los deseos, cierta intimidad de los consensos. Cuando nos permite ver, adivinar, identificar las disyuntivas. Cuando la autora parafrasea los diálogos que escuchó, cuando nos muestra los registros de los chicos y las chicas haciendo, cuando podemos leer las historias, ver las buenísimas fotos que ella saca, cuando logra incluir al lector en el mundo que los niños y niñas engendran con sus ficciones y con sus narraciones.

Esto es en definitiva, aquello por lo que vale la pena leer todo el libro, aunque de nada valdría sin el contexto y los antecedentes que va hilvanando Gabriela Augustowsky en cada paso de esta publicación.

Silvia Tabakman